

LA LARGA ESPERA

FIDEL VILANOVA

LA LARGA ESPERA



1ª edición, 2017

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

Editorial DALYA

Jilguero 14

11100 San Fernando

www.edalya.com

© del texto, Fidel Vilanova

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-945600-8-8

DL CA 70-2017

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

Para Julia

La luna salió detrás de la última nube y el campo recuperó esa luz proverbial donde los enamorados se encuentran sin buscarse y sin hablarse se lo dicen todo, donde los conspiradores ultimán su ambición y los asesinos maduran su crimen.

Lo había decidido ya, después de darle una y mil vueltas, siempre de noche, al abrigo del insomnio porque no es fácil matar a un hombre. Además de los motivos, siempre hay un motivo, es necesario tener coraje y sobre todo determinación para apretar el gatillo.

Estaba seguro de que no fallaría porque le sobraban tantas razones para matarlo que era como si ya estuviera muerto, sólo faltaba ponerle una hora a la ejecución. No tenía prisa, era un hombre paciente, toda su vida lo había sido, en cambio, el otro, al que mataría dentro de poco, nunca estaba quieto, siempre en movimiento, como si su vida fuera una ruleta que, una vez puesta en marcha, ya no pudiera detenerse, pero esta vez la iba a parar definitivamente, sólo tenía que esperar un poco más.

Sin embargo, a medida que se acercaba el momento las manos empezaron a sudarle, y la sangre, que bombeaba el corazón, retumbó en su cabeza con un sonido abismal. Durante unos segundos quedó suspendido en los latidos del miedo, como si una fuerza interior lo obligase a escuchar, a tener plena consciencia de lo que estaba dispuesto a hacer.

—Lo haré —balbuceó para acumular más odio, para probar su determinación, para darse ánimos, para memorizar todas las afrentas: las reales y las inventadas, porque todo cuenta a la hora de matar a un hombre.

Miró el reloj para dominar el nerviosismo que lo enloquecía en el silencio de la noche y en los gritos que se habían desatado en su interior, como si una jauría de perros rabiosos se hubiera puestos a ladrar como locos.

Pero no estaba loco, sólo asustado. Tampoco era un asesino, sino un infeliz en opinión de la mayoría. Un desdichado incapaz de matar una mosca. Por eso nadie sospechará de él. A nadie se le ocurrirá relacionarlo con una muerte que causará tanta convulsión como tristeza.

—Lo haré —repitió, esta vez para oír su voz, para demostrarse que estaba vivo y no formaba parte de ninguna pesadilla.

Apretó la culata de la escopeta contra el hombro y aguantó el aire que le inundaba los pulmones. Ese mismo aire que el otro también respiraría en estos momentos con una cadencia uniforme, ajeno a la emboscada, porque no tenía razones para pensar en lo que nadie, en su sano juicio, pensaría, ni siquiera en un accidente, porque es lo último que piensa un conductor temerario.

Pero no era en el otro en quien debía pensar sino en sí mismo, de lo contrario flaquearía su coraje cuando llegara el momento decisivo. Aún tenía tiempo de dar marcha atrás, todavía faltaban unos minutos para que el coche apareciera por la carretera, siempre vacía a estas horas. Lo había comprobado con una rigurosidad obsesiva porque no podía cometer la torpeza de dejarlo al arbitrio de la improvisación. Todos los detalles los había purgado en su cabeza con la amarga avidez de la venganza, sorprendido de la lucidez que gobernaba su instinto y lo camuflaba en el anonimato y la indiferencia, como si su secreto estuviera elaborado por una voluntad superior que dictaba su conducta y espoleaba su decisión.

¿Cómo y cuándo empezó la idea de matarlo?

Era su propia voz la que le hacía las preguntas que había intentado evitar, seguramente para eludir cualquier signo de

debilidad, cualquier fisura en el muro de codicia que ha ido construyendo, día a día, con las herramientas del rencor y de la paciencia.

La paciencia y la mansedumbre han sido sus mejores argumentos para gestar este proyecto sin levantar la menor sospecha. Nadie lo imagina emboscado como una alimaña al acecho de su víctima, como tampoco nadie, está seguro, oír el disparo que espantará a la noche con su estruendo de calamidad. Todo está aliado con él para que salga inmune, hasta el remordimiento ha domesticado para que no lo traicione, tampoco teme los golpes de la conciencia porque está seguro de aguantarlos. Como también está seguro de que no fallará porque es un excelente tirador y no le temblará el dedo en el momento de apretar el gatillo, aunque ahora le suden las manos y la escopeta pese como una losa.

Pero si algo le pesa realmente, hasta extremos inaguantables, es la vergüenza de su propia insignificancia. Saber que no significa nada, un cero a la izquierda en opinión de muchos que creen conocerlo muy bien. No le importa, ya no, dentro de poco será otro hombre muy distinto, tanto que, por un instante, siente el abismo de la perplejidad, como si no fuera él quien sostiene una escopeta con una fijación felina y definitiva.

Espanta el pensamiento con una sacudida de cabeza y agudiza la vista, a pesar de que no ve ninguna luz en la carretera tiene que estar alerta. Todavía faltan unos minutos para que aparezca el coche. Unos minutos que se convierten en eternos para alguien que va a matar, parecen estancados en una agonía de impaciencia, como si el tiempo quisiera retrasar este acto definitivo. Sólo él puede evitarlo. En sus manos está que retrase la ejecución, que le conceda una noche más de vida o que otorgue una tregua a la duda, es inevitable que ésta aparezca y proclame la inocencia del condenado acusando al verdugo de nocturnidad y alevosía. En su descargo, o para eliminar la indecisión, promete ser rápido y cer-

tero, de modo que es muy posible que no se entere de su muerte y no tenga la oportunidad de poner en paz su conciencia y de tener un último pensamiento para los vivos.

En cuanto a él también está seguro de que no pensará en nadie cuando llegue el momento, o quizá sí, tal vez resulte inevitable que en lo más profundo de su interior estalle un grito de terror y aparezca la inconsolable imagen de la desesperación y, esa imagen y esa desesperación, lo persigan para siempre.

—No importa —replica desafiante a lo que no es más que la voz de su conciencia. Y cuanto más intercede el lado bondadoso más siente enlodarse el lado oscuro, como si dos fuerzas antagónicas se lo disputaran.

No es la primera vez que siente la embestida de la contradicción como un cuchillo apuntando en su pecho, pero sí es la primera vez que está decidido a llevar a cabo aquello que ideó casi sin darse cuenta, como si fuera un juego al que uno asiste con una mezcla de intriga e inocencia, y cuando descubre su perversidad ya es demasiado tarde para echarse atrás.

—Lo es —admite con un fulgor de rabia en los ojos y la escopeta apuntando a la carretera, aún oscura, todavía no asoma ninguna luz que delate la presencia del coche.

—Se está retrasando —afirma con la voz hastiada por la espera. La misma que lo está atenazando en estos momentos definitivos y eternos, como si el tiempo no existiera, como si nada fuera real, sólo la noche, la carretera, el hombre que está esperando y por supuesto, él: Ponciano Rueda.

PRIMERA PARTE

LA POSGUERRA

Se había bebido más de media botella de coñac cuando oyó el primer llanto. Ni se inmutó, siguió con el vaso en la mano y la mirada vidriosa perdida en algún lugar remoto de su interior. Afuera, el viento ululaba como un animal doliente y furioso, y en la casa, las mujeres se afanaban en una tarea que le excluía a él.

Apuró el vaso antes de levantarse, y, con paso firme, subió las escaleras sin saber si lo que vería dentro de un momento le produciría conmoción o enojo.

—¿Qué es? —preguntó abriendo la puerta de la habitación.

—Un niño —respondió su suegra con la voz jubilosa.

—Al fin esta mujer ha servido para algo —dijo sin entrar, como si el cuarto fuera un santuario femenino—. Lávalo bien y después me lo traes —añadió dirigiéndose a la comadrona.

Dio media vuelta y regresó a su silla y a su coñac. Mientras esperaba a la criatura, la ensoñación lo envolvió entre el sopor del alcohol y el alivio. Ahora que sabía que tenía un hijo empezaba a sosegar y a darle otro sentido al vaso que tenía en la mano. Un hijo colmaría sus pretensiones, con él podría aspirar a todo, juntos dejarían atrás esta miseria que lo tenía esclavizado en una tierra estéril y rencorosa. Una tierra que se parecía tanto a su mujer que escupió al pensar en ella. No quería acordarse de las veces que le había preguntado lo mismo y siempre la misma negativa como respuesta, como si un maleficio la hubiera secado por dentro y por fuera. Estaba tan escuálida y eran tan estrechas sus caderas que pensaba que si un día se dignaba parir no tendría fuerzas ni ganas para echar al mundo a la criatura. Por suerte no había sido así. Si bien había esperado más de diez años, al fin tenía un hijo.

A partir de esta noche, su partida semanal, en el bar de Antonio, ya no sería la misma. Ya no sentiría la reprobatoria mirada de Miguel, ni escucharía las puyas de Juan, ni sería necesaria la teatral intervención de Lucas, siempre dispuesto a poner paz en las sempiternas befas que los otros amigos hacían de su hombría. Aunque sabía que se trataba de una broma que servía para hacer más agradable la velada, a Ponciano se lo llevaban los demonios porque no tenía argumentos que oponer, ni siquiera la falsa sonrisa, que a menudo le servía de coraza, lo liberaba de un tormento que no entendía muy bien, pero del que era imposible librarse. A veces se preguntaba si no sería él el impotente, y aunque hacía esfuerzos por liberarse de ese pensamiento demoledor no siempre lo conseguía. Cuando el bicho de la incertidumbre se le atragantaba, bebía para olvidarse de las palabras de Juan y de las miradas de Miguel y apostaba el poco dinero que le quedaba para librarse de un tormento que a ojos de los demás le hacía menos hombre. O eso pensaba cuando se quedaba a solas con sus pensamientos más negros y volvía a casa sin dinero y medio borracho.

—Tengo un hijo.

Musitó llenando el vaso, y aunque por dentro sentía una sensación nueva, paralizó ese sentimiento que se desbocaba infantil y tardío.

Sólo se concedió cierta debilidad cuando tuvo al recién nacido en brazos. Torpemente lo sostuvo contra su pecho y, bien por la singularidad del momento o por efecto del coñac o porque lo sentía realmente, pronosticó que su hijo no sería un don nadie como él, sino un hombre importante, un hombre que lo conseguiría todo en la vida.

—Lo juro.

Exclamó, y acercando la criatura a su boca le estampó un beso que lo hizo llorar.

—Trae —dijo su suegra arrebatándole el pequeño—, los hombres sois unos patosos.

“Tiene buenos pulmones”.

Pensó complacido mientras oía su llanto. Llenó otra vez el vaso y bebió, como si no tuviera otra forma mejor de expresar su alegría que, por otra parte, intentaba ocultar, como si un hombre no pudiera permitirse estas licencias, y menos delante de las mujeres.

En su opinión, las emociones formaban parte del universo femenino porque, con frecuencia, eran un signo de debilidad. Así pues, con los sentimientos dominados por un prejuicio atávico, acabó el coñac y dejó que el alcohol lo tumbará en la cama.

No se acostó con su mujer porque estaría exhausta, tampoco le concedió una visita de cortesía ni tuvo un pensamiento para ella, había tenido que esperar más de diez años para vivir ese instante supremo que la mayoría de los hombres alcanzaban al primer año de casados y no se lo perdonaba. Como tampoco le perdonó que hubiese sacado tan poca tajada de una boda que a él lo había atado para siempre a una mujer mustia y ausente.

Espantó estos pensamientos antiguos que lo asaltaban muchas noches y se concentró en su hijo.

También Damiana que, a pesar de la fatiga, no quitaba los ojos de la cuna de madera. El pequeño tenía su primer sueño que ella vigilaba al borde del sobresalto y de la plenitud. Al fin se sentía mujer y poseía un argumento para callar las palabrotas de su marido, aunque era mujer de pocas palabras y prefería responder con sus silencios. Pero sobre todo se sentía madre. Madre después de tantos años de espera y de desolación, de rezos interminables y de temores diarios, pues su marido, con el pretexto de que tenía que embarazarla, la gozaba sin contemplaciones y babeaba como un animal lujurioso e infatigable. A veces, lo hacía más de una vez,

en la cocina o tumbándola en el granero, como un perro sin amo, sin voluntad, sin dignidad. Ella, como un animalito indefenso, se dejaba hacer, abría las piernas y cerraba los ojos y esperaba que acabase cuanto antes y que la preñara de una vez.

No quería dormirse, pero acabó cerrando los ojos. Apenas oyó las palabras de su madre cuando dijo que esta noche se quedaría con ella, ni sintió sus manos ajadas acercando una caricia, tan fugaz como inaudita, en su cara, pero sí advirtió su presencia al sentirse arropada y oler la fragancia primaria y ancestral de su cuerpo que, durante un segundo, la envolvió con su maternidad, como si el recién nacido fuera ella.

Afuera el viento seguía con su persistente rumor y el cielo era un inabarcable campo estrellado.

—Mañana tampoco lloverá —dijo Simeón cerrando la ventana.

—¿Qué dices? —preguntó su mujer.

—Damiana ha parido.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque Pepita, la comadrona, acaba de salir de su casa.

—Lástima que sea tan tarde si no iba ahora mismo —dijo Manuela, pero ya se había puesto el camisón y estaba cansada. Hacía un rato que el reloj del comedor había dado las doce, pero hasta ahora no había terminado con las labores de la casa. Cada día le costaba más llevar a cabo las rutinas del hogar y también se cansaba más. Sentía el peso de los años en las rodillas y en el lumbago que la martirizaba con un dolor sordo y crónico y al que estaba condenada a resignarse. No tenía tiempo para ir al médico,

ni dinero para gastar en algo tan común entre las mujeres de su edad. A veces, aprovechando el sueño de su esposo y su insomnio, se entregaba a sus recuerdos de juventud como una novia inviolada por la decepción y alentada por la ingenuidad, y exprimía los frutos de su imaginación como limones madurados por un sol otoñal. Luego se dormía con el sabor de la fantasía humedeciéndole los labios y la pena.

Simeón se dormía al instante. La cama, no excesivamente cómoda, pues el colchón tenía más de quince años, lo engullía en un sueño profundo y duradero, del que despertaba siempre con una mezcla de perplejidad y atontamiento, como si nunca supiera dónde estaba. Tenía que transcurrir varios minutos para que la consciencia regresara del ámbito onírico y lo situara en la realidad. Siempre lo despertaba Manuela y lo hacía sin la menor contemplación, lo sacudía con fuerza del brazo una y otra vez, hasta que él protestaba, entonces lo dejaba y se iba a la cocina a preparar el desayuno. Eran las seis y media de la mañana cuando la luz se encendía en ésta y en muchas casas del pueblo.

El pueblo se llamaba Camposines tenía forma de cruz invertida y fama de inhóspito, como si su esqueleto causara un inexplicable temor a los visitantes. No a todos, porque cuando Dámaso pisó sus calles por primera vez decidió que era un buen lugar para vivir, y ahí se quedó, con dos manos para trabajar en lo que hiciera falta y un orgullo tan indómito como la tierra que trabajaría de sol a sol.

Dámaso era uno de los jornaleros de don José, al igual que Ponciano, Lucas, Jonás y Daniel el Cojo que era el capataz.

Don José era un hombre apacible y tolerante con las debilidades ajenas, acaso porque también él se creía frágil. Ciertamente que podía considerarse dichoso ante la magnitud de una tierra que envidiaban hasta los que no eran codiciosos, mas también es verdad que la riqueza no fortificaba su carácter, ni despejaba las dudas que había ido amontonando a lo largo de la vida, como un fardo inservible del que no acababa de deshacerse nunca.

Margarita, su mujer, era la más deseada y también la más inalcanzable, como una fruta apetitosa en un jardín ajeno. Gustaba de mirar con desdén o con provocación, como si los ojos sustituyeran a las palabras en el lenguaje de la pasión y del desprecio. Sus ojos, negros, abismales y redondos, cuando miraban, se parecían a una pesadilla, pero también podían tornarse en un sueño glotón cuando le daba la gana. La golosina de su encanto fue para un hombre que le doblaba la edad. El noviazgo, si lo hubo, fue tan corto como intenso, a juzgar por el semblante extenuado de don José. La boda no sorprendió a nadie, la mayoría de los hombres ya habían echado cuentas de que una hembra como ésa era indomable y, por tanto, estaba fuera de su alcance. Alguno hubo con los suficientes arrestos para salirle al paso, confiado en que el viejo no era hombre para tanta mujer, por más tierra que tuviera. El primero en desafiar a la suerte fue Jonás, un jornalero agitanado y esquinado que entró a trabajar con don José poco después de casarse. Jonás tenía ese gusto por la insolencia tan común entre los hombres que trabajan juntos, la palabra parca y afilada, los modales de rufián y el sentimiento en la entrepierna. Al concluir la jornada regresaba a casa con sus compañeros para no levantar sospechas, pero después, al amparo de la noche, acudía al reclamo de su fantasía, y la espiaba con el sigilo de un tigre, la voracidad de una alimaña y la paciencia de quien no tiene nada que perder. Confiaba que saldría porque lo había visto más de una vez en el cine, cuando la protagonista salía a fumar un cigarro,

respirar el aire de la noche o por cualquier otro motivo que a él se le escapaba. A veces, alrededor de las once, se apagaban las luces de la casa y no tenía más remedio que regresar entre blasfemias y maldiciones, otras eran las doce y todavía veía una luz en el comedor, donde ella a menudo se sentaba en la gran mesa y abría carpetas y escribía mientras el viejo estaba ya acostado. Una vez la vio desnudarse en la oscuridad de la habitación y asomarse a la ventana, y mirar a la lejanía, como si sopesara sus dominios, como si calibrara el caudal de un sueño que la había sacado de la nada para convertirla en una diosa. Así la veía él desde su escondite, incapaz de dar un solo paso, con la respiración cortada y las manos inmóviles, como si fuera un animal más de los muchos que poblaban la noche. Un animal que se acobardó cuando olisqueó su aire, cuando, en la oscuridad, percibió su desnudez y no se atrevió a descubrirla, cuando regresó a su infame cubil de soledad y miseria, mientras, afuera, la noche cuidaba los sueños y las pesadillas. Esa noche Jonás no durmió, dio vueltas y vueltas en su camastro, agobiado por una excitación nueva y dolorosa que lo consumió de desesperación. Cuanto más cerraba los ojos más la veía y cuanto más la miraba, más abrumado se sentía, como si una fuerza incontrolable lo atara a su magnetismo.

Cuando al día siguiente volvió al tajo supo que, para bien o para mal, estaba a merced de su encantamiento. Parecía idiotizado por lo que no fue más que una leve insinuación, pero ante la que se había rendido su voluntad. A partir de ese día, ya no fue el mismo, se volvió más taciturno y solitario. No le importaban los compañeros ni el trabajo, sino ella. Por ella trabajaba y mal vivía, agobiado por una emoción que cada día le hacía padecer más los rigores de su insignificancia. Detestaba al bueno de don José por la única razón de ser su esposo. Era buen patrón y un hombre cordial, afable con sus jornaleros a los que trataba con naturalidad, como si fuera uno más entre ellos, sólo que más viejo

y con mucha tierra. Sin embargo, había algo en él que apaciguaba el temperamento y desarmaba la arrogancia, de suerte que, en su presencia, nadie se atrevía a desafiarlo, temían sus modales refinados y su elocuencia enciclopédica, siempre les quedaba la duda de no saber si se había reído de ellos, con palabras que no entendían, o les había dictado una lección que tampoco comprendían.

Jonás también era de los que pensaba que el viejo no podía satisfacerla, era demasiado educado para hacer las cosas que a él le iban por la cabeza. Seguramente tenía un amante, pero nadie había conseguido probarlo y tampoco nadie había tenido el atrevimiento, en una noche pendenciera, de confesarse como tal.

Una noche el vino estuvo a punto de desatarle la imaginación y envilecer su lengua con palabras que no le dejaban dormir, pero calló porque los otros estaban también bebidos y la habrían manoseado con su fantasía.

Cuando se despidió de sus compadres no se acostó, sino que fue, con el paso vacilante y la voluntad firme, a espiarla, a pesar de que eran las dos de la mañana. Estaba envalentonado por una excitación lúdica y un propósito ciego que lo llevó en volandas. Como es lógico, las luces estaban apagadas y la casa dormía en una majestuosidad solemne y ofensiva para un pobre diablo como él. A punto estuvo de llamar amparado en la ebriedad y la desesperación, como un huérfano en su noche más oscura, pero no tuvo valor, le faltó ese orgullo que creía poseer y le sobró un temor que no creía tener. Nunca sospechó que pudiera amilanarlo ninguna mujer, y menos que ninguna, esa joven que miraba como si fuera a hacer realidad la fantasía más obscena o a clavarte un cuchillo, como si ningún hombre fuera suficiente para ella, como si todos estuvieran hechos de la misma sustancia pusilánime que su esposo.

“Nunca tendré una ocasión como ésta”. Pensó con lucidez y atrevimiento, a pesar de que, segundo a segundo, se sentía más cobarde.

Y sin saber cómo ni cuándo, empezó a aporrear la puerta como un loco, como un desesperado. Era imposible que no lo oyeran y, sin embargo, nadie abría, ni siquiera le parecía vislumbrar ninguna luz por debajo de la puerta.

Al fin vio encenderse una luz en la primera planta y después otra luz en la planta baja y sintió miedo. Miedo de que abriera don José y no supiera qué decirle, o peor aún, que abriera Daniel *el Cojo* con la escopeta y sin contemplaciones le largara una hostia con la culata después de cagarse en su puta madre. En el pueblo se decía que *el Cojo* dormía en la casa con la escopeta cargada para que nadie tuviera la mala idea de entrar a robar. *El Cojo* era la cara amarga de don José, y así debía ser, pues no podían defenderse propiedades y a una mujer de bandera con palabras, por más que éstas estuvieran cargadas de intención...